A esta duda, hé aquí lo que responde la experien-
ia: toda cuestion de historia es una cuestion de ópti-
a. Si la historia, verdadero espectador de lo pasado,
a á colocarse en el punto de partida, y mira á la hu-
nanidad, débil animal, sumergida en la última escla-
itud, en la servidumbre de la estacion, del hambre,
le la enfermedad; entónces comprenderá, bendecirá
oda forma de esclavitud ménos rigurosa, ménos peno-
a, que permite al hombre reunir sobre su destino más
onocimiento, más libertad.

Si colocada al contrario en el término de la huma-
idad, juzga los periodos anteriores y por consiguien-
e inferiores de la civilizacion, por las últimas con-
quistas y por las últimas trasformaciones de la histo-
ia, entónces falsea la medida, juzga lo bueno por lo
nejor, calumnia el pasado siempre condenado á ser
nalo y bueno, bueno con relacion al momento, malo
on relacion á aquel otro momento. Si queremos ser
ustos debemos decir: Toda forma que tiende á crear
n progreso debe bendecirse en el momento de ese
progreso; toda forma que despues de haber creado un
progreso, desaparece suprimida por este mismo pro-
greso, debe reprobarse.

CAPITULO XXII.

La hora del renacimiento habia sonado, un soplo d
vida pasó sobre la Europa.

Cuando la propiedad estaba limitada al suelo, e
estacionaria en el mismo suelo. El campo produc
poco más ó ménos cada año, la misma cantidad d
mies. La misma cantidad de mies, indica el mismo d
videndo que hay que repartir entre el propietario y
trabajador. La relacion de uno y otro queda invari
blemente fijada. Uno posee siempre, otro trabaja sien
pre, sin poder llegar á la propiedad. La inmovilida
de la riqueza inmoviliza á su vez á la sociedad.

El noble, hallando en torno suyo su subsistencia as
gurada anticipadamente, deja dormir su pensamien
bajo la garantía del destino. El mismo órden de ide

pasaba de una generacion á otra con la herencia. El hijo vivia exactamente como habia vivido su padre, y por la misma razon pensaba como su genealogía habia pensado. El siervo por su parte cumplia desde la infancia á la tumba un solo género de trabajo: vivia perpétuamente haciendo el surco al lado del surco, variando si acaso su obra en dos únicas épocas, en la siembra y en la recoleccion; daba vueltas todos los dias con el sol en el msimo horizonte. Esta monotonía de ocupacion adormecia profundamente su inteligencia y cerraba la puerta del tiempo sobre él como sobre una tumba.

Pero la industria siempre creciendo por la marcha forzada de la historia, habia introducido en la sociedad al lado del campo, una propiedad nueva. Esta propiedad esencialmente espansiva, anhelaba tiempo y espacio: viviendo de cambio, vivia por consiguiente de movimiento. El cambio fomentaba el comercio, y el comercio el crédito. El crédito es el pago, á distancia del instrumento, con el beneficio del trabajo, el porvenir en el presente, la duracion, en una palabra, el signo del progreso. El crédito fundó el banco; capital movible del producto, destinado á concentrar y repartir el numerario. El banco niveló la necesidad de dinero al esparcir en la circulacion el escedente disponible de riqueza, constituyó por el cambio la unidad de moneda, y acreditó la moneda de las diversas naciones en toda Europa. La Iglesia heredera de la ley de Moisés habia proscrito en la Edad Media la prima del descuento. La proscripcion comun impuso al banquero, de region en region, una estrecha solidaridad. Es-

clusivamente Judío ó Lombardo, oriundo de la misma tierra, educado en las mismas tradiciones, habitaba en la misma calle ó en el mismo distrito de la ciudad. El banco era en esta época una nacion cosmopolita esparcida por la superficie de Europa. La comunidad de interés le inspiró la letra de cambio, que es realmente la supresion de la distancia, la presencia universal del deudor, en todas partes donde hay una deuda que pagar. Es una nueva participacion de la riqueza en el espacio y por esta razon una nueva prueba del progreso,

El comercio, activado por los bancos, regeneró la civilizacion y la arrancó á la inmovilidad de la agricultura. Abrió un nuevo campo al refugiado del feudo ambicioso de riqueza. Pero como la ambicion indica siempre en el hombre una superioridad de naturaleza, la ciudad acabó por absorber lo mas selecto del campo. El producto siempre inquieto del consumo, improvisó por todas partes su medio de correspondencia. El descubrimiento del nuevo mundo habia multiplicado hasta el infinito la navegacion. Cada dia la ola del poniente esparcia en la playa el oro de México. El oro, esparcido con abundancia en el mercado, facilitó el cambio reduciendo el volúmen de la moneda. Un movimiento contínuo de viaje atravesó el mundo feudal, despertado de su letargo. El mercader surcó con sus caravanas el camino antes indeciso y que solo recorria el traginero. La posada desconocida durante tanto tiempo levantó de trecho en trecho su blanco edificio, con su muestra marcada con una moneda. Nacida del comercio, desarrolló por agradecimiento su

modesto blason. La riqueza iba y venia contínuamente del Mediterráneo al Báltico y del Báltico al Mediterráneo; salida de la ciudad, volvia á entrar en la ciudad. Como la riqueza es la fuerza social acumulada, el poder está siempre al lado de la riqueza. El mercader destrozó insensiblemente la supremacia esclusiva del baron. Médicis inauguró el primero en el mundo ese cambio de dinastía. El reinado del hierro habia concluido, el banquero de Florencia le reemplazó con el reinado de la plata.

Toda regeneracion del hombre se marca inmediatamente en su habitacion. El sér trasfigurado renueva su trage. La industria sucedió á la feudalidad; el palacio reemplazó al castillo, para marcar este nuevo paso en la historia. El castillo era el derecho del más fuerte escrito en caractéres ásperos y rudos, sobre granito en la pendiente del precipicio. Exteriormente presentaba á la mirada una arquitectura lisa y sombría, erizada de yerbas y de torreones. Su fisonomía alumbrada por alguna ventana estrecha, respiraba ira y rechazaba al viajero. En el interior la sala inmensa, sonora y vacía, reproducia en su vasta desnudez, la fastuosa pobreza del señor. La pared subia del suelo al techo sin presentar una idea ó una emocion por alguna obra de arte ó de inteligencia. Una mesa maciza, una banqueta de madera, un armario cargado de platos de estaño, una armadura pendiente de la pared, constituian el mueblaje y lujo del castillo. El señor vivia allí, separado de los siglos y de los hombres, en la noche del alma y del sentimiento, entre el bufon y el perro. No conocia más goce intelectual que la charla de

un enano medio beodo, ó la cancion del sirviente perdida en las sombras del hogar. No habia en torno suyo más sociedad, que su compañía de hombres de armas, sombríos fantasmas colocados por la tarde á la luz de las antorchas, al rededor de la inmensa chimenea, caverna inflamada donde bramaba entre la llama y el soplo de las ráfagas del viento.

El palacio era al contrario el nuevo círculo de la humanidad más poderosa y reintegrada á la ciudad. Tenia en cada una de sus piedras, equilibradas y arregladas simétricamente, una poesía, un pensamiento; desplegaba hácia la calle una fachada armónica, alumbrada, adornada de piso en piso con ventanas y pilastras; escitaba en el alma del que pasaba la simpatía de la admiracion, esa alegría suprema del alma, y cubria con su ala prolongada en muralla una segunda arquitectura viva de verdura y de fuentes. El agua brotaba de la concha de mármol y caia en cascada sobre el pámpano y la rosa del jardin. El pavo real y el faisan paseaban sus espléndidos plumajes por entre las flores de los trópicos, huéspedes de la víspera aun ardientes con los perfumes de su sol. El hombre habia realizado el sueño del Génesis y habia creado por vez primera el verdadero Eden. La primavera les sorprendia amando el lujo de la tierra y aspirando en silencio la voluptuosidad de la naturaleza. La divina maga le columpiaba muellemente con sus invisibles caricias para adormecerle en el sombrío dogma de la penitencia; penetró en el alma de la flor, al través de su fibra, hasta el último rincon de su espíritu; expulsó de allí el gemidor espectro del ascetismo; perfumó el si-

tio aun doliente por donde habia pasado el génio de la expiacion. La humanidad, embriagada por el filtro errante en la brisa, comprendió que habia ayunado bastante y que el dios del rayo del sol y de la azucena del valle, le habia creado para amar, para gozar.

La distribucion interior del palacio atestiguaba este cambio de civilizacion. Era diversa, como la vida que cambia su organismo á cada progreso. Aquí estaba la biblioteca, asamblea muda del pensamiento humano entero, evocado de la noche de los tiempos, y resucitado para siempre por la imprenta. Allí estaba la sala de los festines, aun vibrando con la voluptuosa melodía de la tiorba y del laud; á un lado la galería de honor, donde la filosofía y la poesía acudian todas las noches, como á la cita del alma, para comunicar y recibir el fuego sagrado. Cada sala estaba adornada con pinturas, esculturas, tapices y cortinas. Allí se veian brillar con profusion el oro y el marfil, el aguamanil elegante modelado por una mano inspirada: el vaso impalpable, soplo cristalizado, que habia volado de la llama del hornillo. El espejo de Venecia habia ocupado en la pared el sitio vacío de la armadura, conciencia exterior radiante de luz, donde la mujer libre del velo, y restituida á sí misma, podia contemplarse, en fin, en su belleza. La mujer aprendió á conocer la gracia de su frente, resplandor vivo de Dios, y á esparcir con su propia mano sobre este celestial altar del amor, la flor y la perla, la estrella y el perfume. Su hora habia llegado. Era libre por primera vez en el palacio, habia vestido con la seda, la forma suprema de su existencia. La seda ha sido, por decirlo así, la última hora

concedida á su larga creacion á través de la historia; esa hora ha completado su cuerpo inundándole de esplendor, porque la mujer ha sido hecha para ser dos veces bella, íntima para el misterio, exterior para la mirada: llevada á más alta gerarquía en la consideracion del hombre, por su entera trasfiguracion, se aprovechó de ese respeto para rescatar su alma de la servidumbre interior de la ignorancia. Se instruyó, se hizo artista, sábia, inspirada; recogió el alma de Safo y de Hipatia, de Cornelia y de Juana de Arco; llevó al cielo el nombre casto y tierno, entusiasta y meditabundo de Vittoria Colonna.

El espíritu de conservacion desarrolló el espíritu del deseo. La industria habia repartido entre más personas la fortuna. La imprenta repartió entre más gente la instruccion. La iniciativa del pensamiento pasó del claustro al palacio. La ciencia habló el lenguaje nacional, más vivo que el latin. La noticia de un mundo más, conquistado por la idea, habia exaltado la confianza del hombre en su génio. Sintió hervir en su interior la ambicion tumultuosa de lo desconocido. Al penetrar más en el espacio, quiso, por la misteriosa consonancia del progreso, penetrar más en la duracion. Subió la sombría pendiente de la Edad Media, para reunir sus conocimientos á los de la antigüedad. Buscó por todas partes, con infatigable paciencia, la huella esparcida en los manuscritos. Constantinopla guardaba aún el depósito del génio griego, muerto para ella hacia mucho tiempo, y sepultado á la sombra del ciprés. La conquista musulmana arrojó del Bósforo el último fantasma del imperio romano, y disper-

só el depósito por la Italia. Platon resucitó del olvido para romper el sello impuesto hacia mil años en los lábios de la razon. Predicó de nuevo el culto de la idea, bajo los pinos de Florencia, al compás del murmullo del Arno. Al aparecer este otro mundo, brotado del fondo del abismo, el hombre tuvo un instante la embriaguez de la ciencia. Quiso aprenderlo todo, quiso saberlo todo. Devoró precipitadamente, á la luz de la lámpara, todo lo que la antigüedad habia escrito, ó á lo ménos todo lo que habia dejado. La Mirandola fué el primero que personificó en su rápida existencia esta ansiedad de saber. Parecia querer adelantar en velocidad á la muerte, para reparar el tiempo perdido en pensar.

El arte griego botó de nuevo á la luz. El cristianismo habia herido de anatema á la idolatría. En ese momento la invasion bárbara sepultó, como por precaucion histórica, la escultura, ya inútil, bajo la espesa ruina del mundo romano. La primera revelacion de lo bello, escrita sobre mármol, durmió siglos y siglos en las sombras profundas de la tierra, esperando la hora en que la humanidad, encarcelada con la belleza, pudiera comprenderla. Cuando llegó la hora, la estátua rompió la piedra de la tumba, y salió, pálido espectro envuelto en los pliegues de su sudario. Al contemplar por vez primera esta gloria del cuerpo humano, el renacimiento dió un grito de admiracion. El cristianismo y el paganismo conocieron en esta primera entrevista que eran uno y otro dos momentos de la misma revelacion. Abjuraron su antigua enemistad para poner en comun, uno la belleza, otro la idea. La pintura nació de esta union. La pintura sin duda era de orígen cristiano, más espiritualista, y más ideal que la escultura; era la lengua natural de una religion ideal y dramática, cuya leyenda flotaba entre la tierra y el cielo en un vago misterio. Pero ahogada durante la Edad Media, por el odio que la iglesia tenia al esplendor de la forma, habia procurado expresar únicamente el éxtasis de la piedad y de la poesía del dolor. Pálida flor de la tristeza, nacida sobre la pared de un claustro, al hálito del Calvario, vejetaba oscura á la sombra y moria de languidez.

Pero cuando el renacimiento abrió el alma ajada de la humanidad á la alegría y la esperanza, y la revistió con la fibra eléctrica de la seda resplandeciente bajo el prisma del color, la pintura se sintió instintivamente llamada á glorificar esta metamórfosis del dogma y de la costumbre. Abandonó el fresco por la tela, el tono al temple, pálido como la pared, por el tono al óleo, trasparente como la luz. Un hombre divino entre nosotros, y marcado con el sello del génio, es decir, asimilador y complejo, antiguo y moderno, cristiano y platónico, pintor de iglesia y de palacio, llegó en el momento elegido por la Providencia para consumar esta revolucion.

Habia en la ciudad de Urbino un pintor de doce años, entretenido en dibujar una madona en la puerta de una casa. Era un niño débil y gracioso, que doblaba al trabajar la cabeza sobre el hombro, como una azucena fatigada desde la aurora por el peso del rocío. Tenia la frente tersa, la mirada penetrante, bajo unos párpados llenos de recogimiento y bajados por

la meditacion. Su padre, llamado Geovani Santi, medio pintor, medio poeta, parecia el boceto sin concluir de la gloria de su hijo. Espíritu aventurero y abierto al viento del siglo, poseia apénas la modesta comodidad de una casa en la ciudad, y una viña en el campo. Su madre era una mujer santa, perfumada de ternura, y bendita entre todas las mujeres de la Umbría. Habia bautizado á su hijo con el mas dulce de los nombres de los serafines, y le habia alimentado ella misma para verter en su alma una alma más con la leche de su amor. Despues de haberle alimentado, murió dando así su vida en sacrificio al génio que habia llevado en sus entrañas. El niño, educado en el estudio de su padre, aprendió solo la pintura sin gran esfuerzo; fué la segunda lengua que habló al salir de la cuna. La primera madona que ejecutó su mano existia aún en el siglo pasado; hoy está borrada de la pared. Un herrero bate el hierro ahora, y silba sobre el hogar hereditario de la familia Santi.

A poco tiempo, Geovani siguió á su mujer á la tumba. El niño solo, fué á buscar un segundo padre del arte á Perusa. Creció oscuramente en la sombra del estudio, en gracia y en ciencia. Volvió despues á respirar el aire libre de la córte ateniense de Urbino. Allí conoció á Bibienna, poeta fácil, alimentado de la vis indiscreta de Aristófanes; á Bembo, prelado perdido de querida en querida, predicando siempre el amor platónico; á Pía Colonna, viuda sin serlo, eternamente sepultada en el luto de un recuerdo; á Juana de la Rovére, reina de esta córte de talento, tierna, y envuelta en una nube de terciopelo. Despues de haber empa-

pado sus lábios en esa copa ardiente de lo ideal y del amor, bajó un dia á caballo la rápida pendiente de Urbino. ¿Dónde iba de este modo por ese camino empolvado de su infancia, que huia infatigablemente ante él, sin un rayo de sol? Iba á probar lo infinito. Oia en el viento una llamada misteriosa. Y como el secreto de sus sueños de gloria le pesaba, le habia colocado sobre una tela, confidenta muda de su génio.

El cuadro representaba un hermoso jóven, dormido sobre una armadura de oro, debajo de un laurel. Las dos hadas de su cuna, de pié á su lado, velaban su sueño. Una, altiva y vestida de púrpura, le presentaba un libro y una espada para enseñarle á crear y á luchar. La otra, llena de sonrisa y de molicie, le presentaba el mirto y la rosa para enseñarle á gozar y á amar. Este sueño se ha cumplido. El jóven ha conquistado el laurel. Ha muerto amando. Ha sido Rafael, y su nombre marca la jornada más gloriosa del arte en la humanidad.

Rafael ha pintado su alma entera en ese cuadro. Desde entónces se inspiró en el amor. Cuando dibujaba en Roma su primera obra maestra, el drama del cristianismo, el misterio de la Eucaristía, el Cristo en su gloria, la Asuncion de María, la bienaventuranza de los elegidos, la victoria de la Iglesia, completaba un sueño de su corazon, y contemplaba con mudo suspiro un fantasma misterioso inclinado sobre la balaustrada de una ventana, en medio de las caricias, de los claveles y de la verbena. Entónces suspendia la línea sublime, trazada desde la frente del apóstol á la del mártir, para escribir en el mismo carton de su dibujo, bajo

la mirada severa de Cristo, en un pliegue de la túnica de María, una estrofa de un soneto, una queja, una invocacion á la Beatriz innominada que habia hallado á la hora que aparece la primera estrella.

Esta vision siempre ante la mirada de Rafael ha tenido parte en su génio. Le ha enseñado la uncion, la ternura, la gracia, la celeste coquetería de un pliegue, de un gesto, de un lazo, de una trenza desatada por la brisa, de una frente inclinada con languidez estremeciéndose al beso del ángel, de un dedo levantado y aun melodioso con la nota arrancada al paso al arpa invisible de la pasion. Le ha inspirado esa numerosa familia de madonas, que Rafael ha improvisado contínuamente, bajo una forma, pero de distinta expresion, como si hubiese querido agotar toda la poesía inmensa, infinita, de la mujer vírgen y madre, coronada de este doble ideal, estremeciéndose en el mismo instante por un doble amor. Ha sonreido en su belleza, y Rafael encantado con su sonrisa, ha vengado á la Eva eterna, que gemia eternamente por la injuria pasada. Le ha restituido toda la gracia del Eden y la ha creado por segunda vez, amándola.

Rafael ha sido el verdadero génio del renacimiento. Cristiano y Ateniense á un tiempo, representa el doble carácter. Iba alternativamente de un culto á otro, del palacio del Papa, al palacio Chigi. Despues de haber pintado la leyenda de la Vírgen, pintaba la fábula de Psiquis. Ha sido más aun. Ha sido el creador del arte moderno. La Grecia habia colocado la belleza suprema en la sencillez; Rafael la colocó al contrario en la multiplicidad, y sustituyó en pintura, la armonía

á la melodía. Cada uno de sus cuadros es un drama completo. El sentimiento es siempre el eco ó el contraste de otro sentimiento. Encaminaba, de episodio en episodio, el alma del espectador á la última impresion, compuesta y fortificada con todas las impresiones sucesivas que habia experimentado al paso. Alternativamente gracioso, voluptuoso, terrible, suave, patético, épico, lírico, tierno, amante, filósofo, melancólico, poeta, ha dado con el pincel en la mano, la vuelta al alma humana en toda su circunferencia. La habia hallado al nacer poblada por el cristianismo de un mundo nuevo, y la fijó sobre la pared con su dedo inmortal.

Siempre que el hombre aumenta su fuerza de existencia, marca con un signo nuevo la extension de su personalidad. El primer signo del individuo habia sido el nombre propio. El segundo era el retrato. ¿Y qué es el retrato sino el hombre conservado y perpetuado en su rostro, tabernáculo sagrado del pensamiento? Vivo á la mirada, habla desde el fondo de su tumba á sus descendientes, atestigua un progreso dando un paso más en la duracion. La antigüedad habia reservado al héroe únicamente la apoteósis del retrato. El renacimiento se lo concedia al hombre, al hombre igualado al héroe. La lógica de la humanidad lo queria así. En el mismo instante y por una reparacion admirable de ideas, la civilizacion inventaba el grabado, correspondencia armoniosa de la imprenta. La imprenta, moneda del alma, habia universalizado el pensamiento en el espacio. El grabado esparció á su vez el arte por todas partes, le presentó por todas partes á la admiracion, arrancó el espíritu vivo del

pintor á la piedra de la pared para distribuirle á la humanidad entera. La pared puede ya caer por cualquier accidente de la historia; un reflejo perdido del pintor, brillará siempre de frontera en frontera indestructible. Y aquí tambien la Providencia escribirá esta invariable fórmula: que la vida es una tendencia siempre creciente hácia el espacio.

CAPITULO XXIII.

El Mundo de la Edad Media habia concluido. Lutero habia hablado. La imprenta llevó la palabra á todas las naciones. La mitad de la Europa sacudió el catolicismo. Cuando los libros eran aun desconocidos, era necesario un intérprete entre el Evangelio y los creyentes; pero cuando por el génio de Guttenberg el libro entró en el dominio público, el protestantismo separó el mediador para poner el Evangelio en manos de los fieles. La muchedumbre podia comparar con el texto divino el comentario del catolicismo. Esta comparacion le hizo condenar en su alma el comentario. Se dijo á sí misma: Mi conciencia es una interpretacion más fiel que la Iglesia de la doctrina de Jesus. Desde este momento el simple lego, libre de la tutela religio-